

ANÁLISIS DE LA OBRA

El hombre gordo desarrolla la peripecia de dos jóvenes recién casados en secreto (Luis y Rosita), que tratan de viajar de Madrid a Guadalajara con la amenaza de que el tío y tutor de ella, el hombre gordo, opuesto a la boda, los descubra. Impensadamente, como ha de ser, el tío-tutor-hombre gordo decide viajar en el mismo vehículo y a la misma hora, y Luis, como es forzoso, ha de ingeniárselas para conjugar a su favor la desmesurada gordura de su antagonista (que necesita ocupar dos asientos) con las plazas vacantes de la diligencia. Al final, claro es, el tío-tutor-hombre gordo y avariento queda burlado y ridiculizado, mientras los jóvenes salen felices de Madrid.

La comedia, confeccionada sobre la base de la burla y el mecanismo del enredo, se desarrolla con soltura. La exposición de los antecedentes (matrimonio apresurado y secreto) se efectúa mediante un diálogo muy breve. El resorte de tensión (la temida aparición del tutor) se aventura al comienzo de la II Escena (“ROSITA.- [...] ¡Buen Dios! Si antes lo sabe mi tío...”), y la “funesta casualidad” se plasma en la III (“¡Es la voz de mi tío/ El mismo!”).

Al protagonista, Luis, ha de ocurrírsele una feliz idea para torcer los designios adversos; idea que él va gestando sin hacerla explícita ni a su compañera ni al público, con lo que aviva el interés del espectador: se trata de la calaverada de ocupar los asientos de la góndola para que el hombre gordo (que necesita dos y al que con engaño han dado dos billetes de viaje de asientos se-

parados) no pueda acomodarse ni viajar. En este ardid intervienen un calavera amigo y tres estudiantes típicos, que utilizan expresiones latinas y bromean de continuo.

A la acción, incluso con cierto riesgo de su unidad, se suma la de un trío de personajes ridículos tipificados: un matrimonio de viejos alcarreños (de cortés y anacrónico lenguaje él, de seco trato ella) y su también proveya y melindrosa doncella. Su función es la de añadir comicidad a la obra.

El grueso de la misma –marcada por el tiempo que se va acortando– lo ocupa la figura del hombre gordo, elemento central, al ser agente agresor frente a la pareja en la situación inicial; objeto de descripciones hiperbólicas y cualificativas (incluso las que él realiza sobre su anatomía), y sujeto paciente (si bien, despacenciado) de la trama que se lleva a cabo contra él.

El hombre gordo es una obra de ritmo escénico entretenido y de comicidad conseguida. A la primera de estas características contribuyen algunos momentos de diálogo muy vivo y repartido entre varios personajes, y la utilización del tiempo con un plazo marcado, que al acercarse a su cumplimiento, imprime tensión y vivacidad a las situaciones; la comicidad deriva, antes que nada, de la figura (“figurón”, más bien) de D. Jerónimo, el “hombre gordo”, personaje de desmesurada mole, en la que resume, además, tres características típicas, propiciadoras de burla: tutor, tío y avaro.

Es ésta, junto a *Medidas extraordinarias*, *Lances de carnaval* y *Una ensalada de pollos*, la pieza breve en la que Bretón hace intervenir a un mayor número de personajes (trece y “unos mozos”). En el conjunto de su producción destaca también la disposición del espacio escénico y la aportación del espacio latente. El escenario, dentro de la sencillez característica del teatro bretoniano (del dieciochesco o del burgués de inicios del XIX, en general), se aprovecha para crear dos espacios contiguos complementarios: “el despacho de billetes” y “la góndola”, cuyos asientos son motivo de disputa. En el espacio latente cabe realizar un deslinde: por un lado se encuentra el inmediato al esce-

nario (a la puerta de la izquierda), del que provienen los personajes; por otro, el itinerario geográfico del viaje. Aquel tiene su rendimiento dramático más notorio en la escena III, al permitir al autor jugar con la inminencia de la llegada de la amenaza:

- Rosita.* Calla.... Oigo hablar ahí fuera...
¡Es la voz de mi tío!
- Luis.* ¿Qué? Tú sueñas con tu tío.
- Rosita.* No, no me engaño ¡Soy perdida!
- Luis.* Veamos... [acercándose con precaución a la puerta de la izquierda] ¡El mismo! Viene hablando con mi rival.... van a entrar aquí...”

El itinerario que ha de seguir la diligencia (Alcalá, Jadraque, Guadalajara...) es, como parece lógico en una obra en la que se prepara un viaje, parte esencial del espacio latente. Viene a configurar una parcela geográfica costumbrista-localista, que sin duda buscaría la connivencia con el público de la capital, pero que, además, tiene su funcionalidad dentro de la obra: la pareja de recién casados tiene que llegar a Guadalajara; al hombre gordo le “urge” estar en Alcalá cuanto antes.

El tiempo en que se desarrolla la acción tiene un alto rendimiento dramático. Para que la peripecia se desarrolle y lo haga con la tensión progresiva que requiere, es preciso que el plazo de tiempo marcado se vaya acortando, camino de un límite definido. D. Jerónimo, el hombre gordo, quiere salir de Madrid y necesita dos asientos en la góndola; en menos de media hora, antes de las once, hora de salida “puntual” del vehículo, ha de conseguirlos. Sus antagonistas tratan de evitarlo.

Ya en el primer parlamento de la comedia se hace referencia explícita al tiempo, tanto de manera específica (“*Administrador*. ...La hora de marchar se acerca [...] En tres cuartos de hora que nos quedan...”), como de forma derivada (“*Administrador*. Vamos, dados prisa, muchachos. [...] Es preciso servir al público con puntualidad.”): con ello se marca el límite y sus características de irrebable. Inmediatamente, la valoración subjetiva de la protago-

nista entraña el transcurso temporal de la acción, y así surge el primer resorte de tensión (“*Rosita*. ¡Media hora todavía [para partir]! ¡Buen Dios! Si antes lo sabe mi tío...”), que se subraya al comienzo de la tercera escena (“*Rosita*. ¡Jesús! ¿Cuándo nos veremos fuera de Madrid? ¡Temo más a mi tío...”). Similar agobio acomete al hombre gordo, que salpica sus intervenciones con referencias al paso de los minutos; fundamental relevancia tiene el marcar el extremo temporal: “*Jerónimo*. Si esta noche no duermo en Alcalá me va a dar una aplopegía”. //”*Jerónimo*. ¡Cielos! ¿qué acabo de leer! Soy perdido si hoy no salgo de Madrid.”

Fijados el lapso temporal (tres cuartos de hora para las 11, la de salida, y la implicación emocional de los protagonistas en él, las referencias temporales más acusadas van marcando, y ello de manera gradual, el acortamiento del plazo, para crear con ello la tensión. Cabe notar que estas referencias específicas van acompañadas de una aceleración en los sucesos que se marca, asimismo, por medio de la palabra: “daos prisa.”, “No se pierda el tiempo”, “Pero ya es tarde para buscarlos.”, etc.

En lo relativo a la comicidad, como quedó apuntado, es la figura (cercana al “figurón”) del hombre gordo, la que concita y genera la mayor parte de los recursos de humor. La presentación caricaturesca la hace el propio personaje mediante un largo recitativo (más bien un relato) con interrupciones mínimas del colaborador en el diálogo, para salvaguardar en lo posible la estructura de obra teatral; en él se hiperbolizan las dimensiones del tipo, propiciando un anecdotario gracioso: sus dificultades para andar por las aceras, subir a los pisos nuevos, de escaleras estrechas, acomodarse en su butaca en el teatro... Por otro lado, se busca la comicidad en las referencias que sobre él hacen los personajes; generalmente, tomando como punto de partida la ambivalencia semántica de una frase o expresión: dar “en la flaqueza...de engordar tanto...”, tutor y tío “en una pieza”, apoyarse “en sólidos fundamentos para asegurar” algo. En otras ocasiones son apreciaciones específicas: “¡Estupenda mole!”, “¡Es-

pantoso individuo!” “¡Disparatado abdomen!” “¡Hórrido pleonasmo de carne!” “Escandalosa corpulencia.”

Como una línea añadida a la comicidad de la obra, casi de forma paralela a la general, representada por el hombre gordo y sus avatares, incluye Bretón en esta comedia un trío de alcarreños. Desde el primer momento son definidos de forma explícita por el juicio de otro personaje: (“*Esteban*.- ¡Qué caricaturas!”). Son personajes tipificados por un ridículo y afectado trato social que se plasma en un uso de lenguaje rebuscado y prefijado de antemano, que se desconecta forzosamente de cualquier momento de habla usual y que produce por ello lo cómico.

Como ocurre generalmente en las obras de Bretón, se tiende a subrayar las situaciones fundamentales. Me interesa destacar en este caso cómo las acotaciones atienden en su mayor parte a ratificar y poner de relieve los momentos culminantes de la acción en que se burla al hombre gordo. Así: [*“Risa general”*], [*“Rechifla de los estudiantes y de D. Esteban”*], [*“Con algazara”*], [*“Risotadas de los viajeros”*].

T E X T O

EL HOMBRE GORDO

COMEDIA EN UN ACTO

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe
el día 6 de enero de 1835.

PERSONAJES

ROSITA.	EL ADMINISTRADOR.
DOÑA QUITERIA.	D. ALBERTO.
LUPERCIA.	D. FACUNDO.
D. JERÓNIMO.	D. CÉSAR.
D. LUIS.	D. LUCAS.
D. ESTEBAN.	D. VENANCIO.

TOMÁS.

La escena es en Madrid. El teatro figura el despacho de billetes de una empresa de coches-diligencias. A la derecha un mostrador con papeles, escribanía, etc.; a la izquierda una puerta, en el foro otra más grande, que da a un patio, y junto a ella se verá de costado una góndola capaz de trece asientos. En el escenario habrá algunas sillas y en diferentes lugares maletas; cofrecillos, sacos de noche, etc. Al levantarse el telón aparece el Administrador escribiendo y dando órdenes, y varios mozos que recogen los indicados efectos y los van colocando en la vaca de la góndola.

ESCENA I.

EL ADMINISTRADOR. MOZOS.

Adminis. Vamos, daos prisa, muchachos. La hora de marchar se acerca, y es preciso servir al público con puntualidad si hemos de acreditar este nuevo establecimiento. [*Repasando el registro.*] Berlina: cero, cero, cero.— Interior: don Luis de Araujo, doña Rosa Taffalla, don Venancio Trigueros con su esposa doña Quiteria Romeral, y su criada Lupercia Préjano. Falta un asiento.— Rotonda: don Facundo Gutiérrez, don César Luzuriaga, don Lucas García, estudiantes.— Otro asiento desocupado, y con este son cinco. En tres cuartos de hora que nos quedan difícil es que se ocupen. ¡Mal viaje vamos a echar! Pero, señor, ¡que hayan de ser tan sedentarios mis compatriotas! Por más esfuerzos que hace la empresa para complacerlos, por más que ha rebajado los precios establecidos en otras..., ¡nada! ¡inmóviles!

Esto es un cargo de conciencia.
Nunca saldrán del parasismo
aunque les diga el catecismo
“contra pereza, *diligencia.*”

ESCENA II.

D. LUIS. ROSITA. EL ADMINISTRADOR.

Luis. Buenos días, amigo don Benito.
Adminis. ¡Oh, señor don Luis!... Señorita... Tomen ustedes asiento.
Rosita. Estamos bien. ¡Para lo que tardaremos en partir!

- Adminis.* Media hora larga.
- Rosita.* ¡Media hora todavía! ¡Buen Dios! Si antes lo sabe mi tío...
- Luis.* ¿Qué ha de saber? Ocupado con el pleito...; siempre a vueltas con el abogado, el procurador, el escribano, los porteros... ¡Ya le ha caído que hacer! Y con aquella humanidad... Para mover un pie necesita pedir permiso al otro.
- Adminis.* Supongo que ya se habrá celebrado el casamiento.
- Rosita.* Sí, señor; anoche en el oratorio de mi tía. Pero casarse una así..., en secreto..., entre bastidores como quien dice... ¡Que mal hayan los tíos que son tutores de sus sobrinas y no las dejan colocarse a su gusto!
- Luis.* Si al cabo nos hemos casado, ¿qué importa...?
- Rosita.* ¡Y te parece poco sacrificio el renunciar a la comida de fonda, los parabienes de las amigas, los brindis, los madrigales, la broma, el baile de ordenanza...¡Y sobre todo el poder decir: soy casada!
- Adminis.* Esas son pequeñas privaciones que no deben acibarar el pan de la boda.
- Rosita.* ¡El pan de la boda! ¡Sí, por esos caminos de Dios...!
- Luis.* ¡Sí es preciso!
- Rosita.* Ya lo veo.
Pero ¿por qué cierto autor
con alas pinta al Amor,
con grillos al Himeneo?
- Luis.* Poco le honran, según creo,
en Madrid, cara consorte.
La libertina cohorte
ya en descrédito le puso,
y avergonzado y confuso
sale huyendo de la corte.
- Adminis.* El viaje es muy breve. Al anocheecer llegan ustedes a Guadalajara.

- Luis.* Allí te recibirán mis padres con los brazos abiertos, y nada echarás de menos a su lado.
- Rosita.* ¡Oh! bien puedes asegurarlo. ¿Qué echaría yo de menos? Las importunidades de un novio fastidioso; la presencia de un tutor avariento que, sobre estarse comiendo lo que es mío, no me compraba un triste vestido sin hacérmelo ganar a fuerza de lágrimas y de ruegos.
- Luis.* A bien que pronto se verá precisado a entregarte tus bienes; y aunque todo lo haya estafado, no te has de quedar por eso en la calle.
- Rosita.* Piérdale yo de vista, y todo lo doy por bien empleado.
- Adminis.* Perdonen ustedes que los deje solos. Tengo que dar órdenes, hacerme cargo de varias comisiones, arreglar...
- Rosita.* No se incomode usted por nosotros, don Benito.

ESCENA III.

D. LUIS. ROSITA.

- Rosita.* ¡Jesús! ¿Cuándo nos veremos fuera de Madrid? ¡Temo más a mi tío...!
- Luis.* No tienes motivo para temerle. Él no puede deshacer la boda.
- Rosita.* Puede armar un escándalo, acusarme de aturdida, liviana..., poner en lenguas mi opinión... ¡Ay, querido Luis! Bien puedes decir que te amo de veras cuando he consentido en dar un paso tan aventurado, tan reprehensible...
- Luis.* ¿Y qué otro arbitrio nos quedaba habiéndome negado tu mano, tantas veces y con tanta humildad solicitada?
- Rosita.* En fin, ya está hecho. Sea de mí lo que Dios quiera.

Luis. La circunstancia de haber ido tú a pasar unos días a Carabanchel en casa de tu tía nos favorece. Don Jerónimo no podrá figurarse que te has separado de ella, y más ignorando que yo estoy en Madrid. Nadie sino tu tía y el Administrador, sabe nuestro secreto. Don Benito es amigo mío desde que estuvo empleado en Guadalajara, y yo respondo de su reserva.

Rosita. Calla... Oigo hablar ahí fuera... ¡Es la voz de mi tío!

Luis. ¿Qué? Tú sueñas con tu tío.

Rosita. No, no me engaño. ¡Soy perdida!

Luis. Veamos... [*Acercándose con precaución a la puerta de la izquierda.*] ¡El mismo! Viene hablando con mi rival... Van a entrar aquí...

Rosita. ¿Qué haremos? ¿Dónde ocultarnos...?

Luis. No sé... Aquí, detrás del mostrador.

Rosita. ¡Dios mío!

Luis. ¡Pronto! ¡pronto!

[*Se ocultan detrás del mostrador.*]

ESCENA IV.

D. LUIS. ROSITA. D. JERÓNIMO. D. ALBERTO.

Jerónimo. No se canse usted, don Alberto. Mi viaje está decidido, y no hay que hablarme de suspenderlo.

Luis. ¿Oyes?

Rosita. ¿Adónde querrá ir...?

Jerónimo. Si esta noche no duermo en Alcalá me va a dar una apoplejía.

Rosita. Se vuelve a Alcalá. ¡Triste de mí!

Alberto. Siquiera hasta que se sentencie el pleito...

Jerónimo. ¡Calle usted, hombre! ¡Si eso es la vida perdurable! Y aun si fuera yo el interesado... Pero son cosas del ayuntamiento. Que comisionen si quieren a otro re-

- gidor para lidiar con la curia. Yo soy demasiado voluminoso para andar todo el día de ceca en meca.
- Alberto.* Pero un viaje tan precipitado...
- Jerónimo.* Cada uno se entiende y baila solo. Y, vamos, ¿qué cuidado le puede dar a usted de que yo me ausente, quedando Rosita en Carabanchel con mi hermana Casimira? Allí permanecerán las dos ocho o diez días, vendrán luego a Alcalá, las acompañará usted, se hará la boda, y punto redondo. ¿Va usted hoy por allá?
- Alberto.* Se supone.
- Jerónimo.* Pues despídase usted de ella en mi nombre.
- Alberto.* Siento mucho que me deje usted tan pronto.
- Jerónimo.* Amigo mío, usted me ha obsequiado mucho, y en su casa lo he pasado como un príncipe; pero aquella escalera tan estrecha, tan tortuosa, tan fementida...
- Alberto.* ¿Qué quiere usted! Es casa propia, y más vale sufrir en ella alguna incomodidad que pagar otra. Mis abuelos, mercaderes de lencería como yo, la edificaron así para aprovechar en lo posible el terreno.
- Jerónimo.* Cada vez que subo aquellos malditos escalones sudo a mares.
- Alberto.* Como ha dado usted en la flaqueza... de engordar tanto...
- Jerónimo.* Los hombros tengo llenos de contusiones; y con otra media pulgada que engordase sería forzoso que me bajaran y subieran por el balcón con una garrucha. ¡Uf!
- Alberto.* Por eso no se vaya usted. Le alojaremos en otra parte.
- Jerónimo.* No, señor, no. A mi casa me vuelvo. Tan prensado me ha tenido usted y tantas son las angustias que he pasado, que ya me parecería estrecho albergue la plaza de los Toros.
- Alberto.* Sin embargo, el gusto de vivir en la corte...

Jerónimo. Reniego de ella. No quepo por ninguna acera^(*); todo el mundo tropieza en mí; los coches me tienen en continua agonía; el empedrado me desquicia; por un lado los pisaverdes que van talareando, haciendo piroetas y mirando a los balcones; por otro los burros de los yeseros^(**), las carretas de carbón, los aguadores, la tropa que va de guardia... ¡Oh! me hacen pasar la pena negra. Las gentes se me quedan mirando, y no falta quien se me ría en las barbas.— ¿Cuándo le rifan a usted, señor?, me dijo anteayer una naranjera.— No hay cristiano que me quiera alquilar una calesa. Media pieza de paño necesité para hacerme esta levita, y en fin,

No hay sombrero que me venga,
ni silla donde me siente,
ni piso que me sostenga,
ni bota que no reviente,
ni fonda que me mantenga

Alberto. Cierto que es una calamidad esa crasitud tan desaforada, tan...

Jerónimo. Tan absurda.— ¿Sabe usted lo que me sucedió anoche?

Alberto. Si usted no me lo dice...

Jerónimo. Pues, señor, no sabiendo qué hacer de mi exagerada persona, y por no irme de la corte sin ver siquiera una función de teatro, tomo una luneta para el de la Cruz, fila tercera, número once, y entro a ocupar mi asiento cuando ya se había levantado el telón. ¿Piensa usted que podía yo pasar por aquellas Termópilas de madera? ¡Qué sudores! ¡qué congojas!... Por fin, remolcándome a sí mismo, ahora de frente,

(*) Poco después de escrita esta pieza principiaron a construirse nuevas y más alineadas y espaciosas las aceras de Madrid.

(**) También en esto se ha puesto ya algún remedio.

ahora de bolina², y merced a la cortesía con que hacían paso aquellos señores, unos saliéndose al callejón y encaramándose otros sobre sus respectivas lunetas, emparejo con la mia; voy a sentarme en ella, pero era demasiado estrecha para albergar a mis atroces posaderas. A todo esto la representación se había interrumpido; la tertulia reía, las galerías bramaban, el patio me maldecía... ¡Siéntese usted!, gritaban unos. ¡Fuera!, clamaban otros. ¡Qué inconsideración! ¡qué abuso!, decían unos elegantuelos almirarados detrás de mí. ¿Por qué no toma un palco ese hombre? Otros me comparaban con la ballena del *Diablo verde**; otros... No hubo remedio. Saltando por un lado, arrastrándome por otro, y entre empellones, risotadas y silbidos tomé la puerta, no sin trabajo, y no logré respirar a mis anchas hasta que me vi en medio de la plazuela de Santa Ana.

Alberto.

¡Vaya, que fue chasco...!

Jerónimo.

No me quiero exponer a otro semejante.— Pero este Administrador, que nos han dicho que volvía al momento... Y el caso es que aún tengo que cobrar aquella libranza... Vámonos don Alberto. Tomás vendrá a recoger los billetes.

Alberto.

¿Los billetes? ¿Quién le acompaña a usted?

Jerónimo.

Nadie.

Alberto.

Pues ¿cómo, siendo usted un solo individuo...?

Jerónimo.

¡Esa es otra! Como la naturaleza se ha divertido en hacer una hipérbole con mi persona, cuando vine de Alcalá tuve que tomar dos asientos por mi propia comodidad, y porque así lo exigieron el administrador y los pasajeros. Si hoy a la hora de partir me pre-

2. **De bolina.** Habría que entender, 'de costado'. Bretón trae aquí una expresión marinera, *navagar de bolina*, que significa 'navegar de modo que la dirección de la quilla forme con el viento el ángulo menor posible' (*DRAE*)

sento, todo yo, con un solo billete, sin remedio me voy a quedar a pie, y no quiero aventurarme a este nuevo contratiempo.

Alberto. Tiene usted razón. Si quiere usted que me quede yo para tomar los asientos...

Jerónimo. No, que tengo que hacer a usted varios encargos... Vamos, vamos. No se pierda el tiempo. Por fortuna estamos dos pasos de casa.

Alberto. Vamos.

Jerónimo. ¡Ay, cuál estoy! Dios me asista. Yo voy a estallar, si luego en las manos no me entrego de algún médico *brusista*³

ESCENA V.

D. LUIS. ROSITA.

[*Vuelven al proscenio.*]

Rosita. Ya lo has oído. ¡Soy la criatura más desdichada...!

Luis. ¡Qué funesta casualidad! ¡Ocurrirle a ese hipopótamo salir de Madrid en el mismo día y en la misma diligencia que nosotros!

Rosita. ¿Qué partido tomaremos...?

Luis. No sé. Si pudiéramos evitar... ¡Imposible!

Rosita. Suspendamos nuestra marcha. Me volveré a casa de mi tía.

Luis. Aunque repito que don Jerónimo ninguna autoridad tiene ya sobre ti, quisiera ahorrarte el disgusto de oír sus reconvenciones; pero mis padres nos esperan;

3. *Brustista*. Seguidor de Broussais; vid. más abajo Broussais: ("¡Lindísima criatura! Mejor que en *Broussais* estudiaría yo en ella el sistema fisiológico."); también lo emplea Bretón en *Frenología y magnetismo*.

todo está preparado, y es triste cosa el ver frustrados nuestros designios por un... Aguarda. Puede que no haya asientos. [*Toma el registro y lo examina.*] Sí; uno en el interior... Otro en la rotonda... Tres en la berlina... ¡Ah! ¡Qué feliz idea me ocurre! No verá hoy don Jerónimo las torres de Alcalá.

Rosita. ¡Cómo! ¿Qué proyecto es el tuyo?

Luis. Ya lo verás. Es la cosa más sencilla del mundo. ¡Mayor petardo...! Pero... ¡ay desventurado de mí! ¿Y la berlina? ¿Dónde hallar viajantes que la ocupen? No me faltan amigos, pero ya es tarde para buscarlos... ¡Ah! mi condiscípulo Esteban... Nadie mejor que un calavera deshecho como él... en el billar estará; sí de fijo. Voy a ponerle cuatro letras... [*Se pone a escribir.*]

Rosita. ¿Qué estás diciendo? Lléveme el diablo si entiendo una palabra. ¿Te has vuelto loco?

Luis. Calla, calla, no me interrumpas... Ya basta. Aquí lo tendremos dentro de ocho minutos. [*A un mozo que aparece junto a la puerta grande.*] ¡Muchacho! Corre al billar nuevo. Allí está al revolver de aquella esquina. Pregunta por don Esteban Garcés. Dale esta esquila. Volando. Toma ese duro para beber.

[*Vase corriendo el mozo.*]

Rosita. ¿No me explicarás...?

Luis. Se trata de imposibilitar el viaje de tu tío.

Rosita. ¿Y cómo puedes tú impedir...?

Luis. El amor hace imposibles. Pero Tomás no tardará en venir por los billetes, y si llega a verte lo echamos todo a perder. Vuelve a esconderte detrás del mostrador.

Rosita. ¡También es fuerte trabajo el andar una...! ¡Oh! si llego a enviudar, no volveré yo a casarme...

Luis. ¡Bien mío!...

Rosita. Clandestinamente.

- Luis.* [A la puerta de la izquierda.] Acaba de entrar en el zaguán un mozo con una maleta. ¿Si será...
Rosita. [Asomándose por detrás de D. Luis.] Él es.
Luis. Corre a esconderte.
Rosita. [Ocultándose detrás del mostrador.]
¿También tú te ocultas...?
Luis. [Sentándose al mostrador.] No; yo voy a ser administrador por pocos momentos.— Aquí están los billetes: bien.

ESCENA VI.

D. LUIS. ROSITA. TOMÁS.

- Tomás.* ¿Es aquí, aunque usted perdone, donde se venden los boletines de la diligencia?
Luis. Sí. ¿Qué se le ofrece?
Tomás. Dos asientos para Alcalá. Aquí traigo el dinero. [Poniéndolo sobre el mostrador.]
Luis. ¿Para quién son?
Tomás. Para don Jerónimo Robledo.
Luis. [Dándole los billetes.] Tome usted. [Devolviéndole unas monedas.] Este dinero sobra.
Tomás. ¡Ah! ¿Conque...?
Luis. Aquí se trata de servir bien a los parroquianos y con la mayor equidad posible.
Tomás. (Me embolsaré estos cuartos.) Viva usted mil años. ¿A quién entrego estos chismes?
Luis. A aquel mozo.
Tomás. A la paz de Dios. [Entrega el equipaje a un mozo, que lo acomoda en la vaca, y vase.]

ESCENA VII.

ROSITA. D. LUIS.

- Rosita.* [Saliendo de detrás del mostrador.] Pero, hombre, ¿estás empecatado? ¡Tanto deseo de impedir su viaje, y tú mismo le das los billetes...

Luis. Yo me entiendo.— Ya está aquí de vuelta el Administrador.

ESCENA VIII.

ROSITA. D. LUIS. EL ADMINISTRADOR.

Adminis. Perdonen ustedes. Este es un día tan ocupado para mí...

Luis. El hombre está obligado a servir a sus amigos. Ahora acabo de despachar dos billetes en nombre de usted, y el que los ha tomado ha traído una maleta que he mandado acomodar en el carruaje.

Adminis. Mil gracias, señor don Luis.

Luis. Como usted ya los tenía rubricados...

Adminis. En efecto.

Luis. Ahí tiene usted su importe.

Adminis. Está bien. Mil gracias.

Rosita. ¿Y qué va a ser de mí cuando venga ese hombre?

Luis. Vendrá. Eso es ya inevitable.

Rosita. ¿Cómo ocultarme...?

Luis. No hay inconveniente en que te vea.

Rosita. Será capaz de matarme...

Luis. Desgraciado de él si te toca al pelo de la ropa.

Rosita. Me hará detener por la justicia...

Luis. Es imposible.

Rosita. Me atormentará por el camino...

Luis. Yo te aseguro que no.

Adminis. ¿Qué ha ocurrido? Sepamos...

Rosita. ¡Friolera! Que mi tío...

Luis. ¡Ah! ya está aquí Esteban.— ¡Acabaras de venir!

ESCENA IX.

ROSITA. D. LUIS. EL ADMINISTRADOR. D. ESTEBAN.

Esteban. Aquí estoy. ¿Te puedo servir en algo? ¿Qué apuro es ese...?

- Luis.* El mayor en que se ha visto hombre. Es preciso que viajes conmigo.
- Esteban.* ¿Cuándo?
- Luis.* Ahora mismo.
- Esteban.* ¡Pero, hombre...! ¿Y adónde?
- Luis.* A Guadalajara, en la diligencia que va a salir dentro de un cuarto de hora.
- Esteban.* ¿Y cómo saco yo en tan poco tiempo mi pasaporte; cómo me hacen la maleta; cómo doy disposiciones...?
- Luis.* Nada de eso es necesario. ¿Llevas contigo la carta de seguridad?
- Esteban.* Sí.
- Luis.* Dígame usted, don Benito; ¿no está Alcalá dentro del radio de seis leguas...?
- Adminis.* Entiendo. Se puede viajar a esa ciudad sin pasaporte. Basta la carta de seguridad.
- Luis.* Pues bien; me acompañas hasta Alcalá; hasta Torrejón si no quieres alejarte tanto...; hasta la primera posta.
- Esteban.* ¡Vaya, que es capricho original el tuyo! Preciso es que tengas muy poderosos motivos para...
- Luis.* Ahora los sabrás. Señor Administrador, ¿hay inconveniente en que un mismo individuo ocupe dos o más asientos de la diligencia?
- Adminis.* Ninguno si los paga.
- Luis.* Sea en hora buena. Pues ponga usted a nombre de don Esteban Garcés los tres billetes de berlina que están desocupados.
- Adminis.* Corriente.
- Esteban.* Poco a poco. A mí no se me lleva y se me trae como un dominguillo. Quiero saber antes...
- Luis.* Se trata de una calaverada. ¿Te negarás a cometerla, tú que cada día te embarcas en una?

- Esteban.* Esas las hago yo y yo soy en ellas el protagonista; pero obligarme a ser parte de por medio⁴ en una farsa inventada por otro...
- Luis.* ¿Te negarás a hacer un beneficio a tu mejor amigo? ¿Rehusarás tu protección a la belleza oprimida?
- Esteban.* El amigo, eres tú: la belleza, esta señorita, cuyos pies beso. ¿Quién es el tirano? Algún tutor, algún tío...
- Rosita.* Sí señor; todo en una pieza.
- Luis.* ¡Y qué pieza!
- Esteban.* Soy de ustedes. No hay más que hablar.
Aunque soy mala cabeza,
siento en el alma piedad
a la voz de la amistad
y al clamor de la belleza.
- Luis.* Rosita es mi esposa.
- Esteban.* Y es tan linda como su nombre. Búscame otra igual, y me reconcilio con el matrimonio.
- Luis.* Su tío no quería unirme a ella...
- Esteban.* Hay muchos tíos de ese genio.
- Luis.* Pero Rosita ha consentido en darme su mano en secreto...
- Esteban.* Hay muchas sobrinas de ese temple.
- Luis.* Y como yo la quiero más que a mí mismo....
- Esteban.* Te has apresurado a casarte con ella. La consecuencia es clara.
- Luis.* El tío está ignorante todavía de lo que pasa. Por una casualidad he sabido que trata de partir a Alcalá en esta misma diligencia, y es preciso evitar a todo trance...
- Esteban.* Ya he dicho que soy tu cómplice.
- Adminis.* [Sentándose a escribir.] ¿Para dónde los billetes?

4. **Parte de por medio.** En *El intendente y el comerciante* Bretón hace equivalente esta expresión a *raconista* y *comparsa*; es el actor que representa papeles de ínfima categoría.

- Esteban.* Para donde usted quiera. Para Alcalá.
Luis. Toda la berlina es tuya. ¡Cuidado con dar en ella hospitalidad...!
Esteban. Ni al lucero del alba.
Adminis. Voy a ponerle a usted en la hoja. Los billetes no son ya necesarios porque dentro de un instante los había de recoger...
Esteban. Muy bien. Cobre usted...
Luis. ¡Alto! Ya que viajas por hacerme a mí un servicio, lo menos que debo hacer yo es pagarte el gasto.
Esteban. ¿Qué más da...?
Luis. Nada. [*Dando dinero al Administrador.*] Tome usted.
Rosita. Gente viene.
Adminis. Los pasajeros. Tome usted la vuelta, señor don Luis.

ESCENA X.

ROSITA. D. LUIS. D. ESTEBAN. EL ADMINISTRADOR.
D. VENANCIO. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA.

- Venancio.* [*Al Administrador dándole tres billetes.*] Beso a usted la mano. Servidor de usted... ¿Está ya acomodado nuestro equipaje?
Adminis. Sí, señor.
Esteban. [*Aparte con D. Luis.*] ¡Qué caricaturas!
Luis. No te burles de ellos, que puedes trastornar mis planes.
Venancio. Beso a usted la mano, señorita,
[*Doña Quiteria hace una leve inclinación a Rosita y se sienta.*]
Rosita. Estoy a los pies de usted, caballero.
Venancio. ¿Está usted buena?
Rosita. Para servir a usted.
Venancio. Para mandarme.— Guarde Dios a ustedes, señores. ¿Cómo están ustedes?

- Luis.* Sin novedad; a la orden de ustedes.
- Venancio.* Vivan ustedes muchos años. Yo...
- Esteban.* Gracias.
- Venancio.* Con este catarro...
- Esteban.* Me alegro mucho.
- Luis.* [*En voz baja.*] ¡Hombre...!
- Esteban.* De conocer a tan urbano sujeto. (Llévele el diablo con tanto cumplimiento.)
- Venancio.* [*Aparte con doña Quiteria.*] Cara esposa, ¿por qué no saludas verbalmente a esa señorita?
- Quiteria.* Porque ignoro cuál es su jerarquía, y no quiero exponerme a cumplimentar a una plebeya.
- Venancio.* ¡Qué infatuada estás con tu nobleza, dulcísima consorte!
- Quiteria.* ¡Qué prolijamente civil te ha hecho Dios, y cuán apelmazadamente te interesas por la salud de cualquiera prójimo, delicioso dueño mío!
- Luis.* ¿Adónde bueno, caballero?
- Venancio.* A Jadraque, si usted no manda otra cosa.
- Luis.* ¿Es usted natural de aquel pueblo?
- Venancio.* Para servir a Dios y a usted. Mi adorada esposa, y servidora de usted...
- Quiteria.* (¡Hum...!)
- Venancio.* Que está presente, quiso venir a consultar a los facultativos de la corte acerca de un escirro⁵ que padece en salva la parte [*Poniéndose la mano en la cadera.*] desde su último alumbramiento.
- Esteban.* Será enfermedad inveterada.
- Venancio.* Yo le diré a usted. Ella parió...; esto es, malparió por primera y última vez en el año de 91.
- Esteban.* ¡Qué escirro tan pertinaz! Pero a bien que esta señora está robusta y en buena edad...

5. **Escirro.** Tumor, duro al tacto, que se produce sobre todo en el pecho de las mujeres.

- Quiteria.* [Secamente.] No, señor, que ya tengo setenta años.
- Esteban.* No lo hubiera creído. Apenas representa usted cuarenta y cuatro.
- Quiteria.* Necia lisonja, que no agradezco; bufonada insípida, que perdono.
- Luis.* Te has lucido.
- Venancio.* Como somos esposos tiernos, complacientes e inseparables...
- Luis.* ¿Inseparables, eh? (¡Bueno!)
- Venancio.* Bien que rara vez tenemos la misma opinión, la he acompañado en su viaje, y también esa moza, que es doncella suya hace cuarenta y ocho años; es decir, desde antes que dejase de serlo mi idolatrada Quiteria; y verificada la susodicha consulta sin ningún consuelo para la paciente, y con grave detrimento de mi bolsillo, regresamos al lugar de nuestro nacimiento y domicilio, donde ofrezco a ustedes una pobre choza, y mis cortas facultades, que deseo emplear en su obsequio, como su más atento y afectuoso servidor, que sus manos besa...
- Esteban.* [A D. Luis] Madrid 27 de Mayo de 1834.— ¿Hay manía como ella? Ya veo que me voy a divertir mucho en el viaje.
- Quiteria.* Amado esposo, me pudres con tantas ceremonias.
- Venancio.* Prenda del alma, quiero que sepan que en Jadraque se enseña buena crianza.
- Quiteria.* Amor mío, eres insoportable.
- Luis.* ¿Conque ustedes siempre fieles, siempre unidos...?
- Venancio.* Somos el olmo y la hiedra para lo que usted guste...
- Luis.* ¡Edificante familia! Se sentarán ustedes juntitos los tres, por supuesto, y harán su viaje como unos santos.
- Venancio.* No me separaré un momento de mi amada Quiteria, y de mi fiel Lupercia.
- Luis.* (¡Bravo!) Es usted un modelo de amor conyugal.

- Venancio.* Ya que es cruz el himeneo
me resigno con mi estrella,
aunque muchos, según veo,
no pueden cargar con ella
si no ayuda un cirineo.
- Esteban.* ¡Hola, hola! ¿epigramático también? (Este alcarreño
es una alhaja.)

ESCENA XI.

ROSITA. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA. DON LUIS.
D. ESTEBAN. D. VENANCIO. D. CÉSAR. EL ADMINISTRADOR.
D. FACUNDO. DON LUCAS.

- Facundo.* [*Dando los billetes al Administrador.*] *Salve.*
- César.* *Deo gratias.*
- Lucas.* *Dóminus vobiscum.*
- Adminis.* ¡Oh! ya está aquí la estudiantina. Bien venidos, señores.
- Facundo.* [*Mirando a Rosita.*] (¡Lindísima criatura! Mejor que en *Broussais* estudiaría yo en ella el sistema fisiológico.)
- César.* [*Mirando a doña Quiteria.*] (¡Horrenda senectud! Más fecha tiene que el concilio de Trento.)
- Lucas.* [*Mirando a Lupercia.*] (¡Abominable espectro! Pase a la audiencia de Plutón, y autos.)
- Lupercia.* [*Aparte con su ama.*] Observe usted, señora, observe usted con qué descaro nos miran esos estudiantes. ¡Libertinos!
- Quiteria.* ¡Eh!... Calla.
- Lucas.* Supongo que todos los presentes vamos a ser compañeros de viaje.
- Venancio.* Sí, señor, y yo aprovecho esta coyuntura para ofrecer a usted mi inutilidad.
- Lucas.* Muchas gracias. Usted...
- Venancio.* Bueno para servir a usted. ¿Y usted?

- Lucas.* Sin novedad.
- Venancio.* Lo celebro infinito. ¿Y usted, caballero? ¿qué tal lo pasa usted?
- Facundo.* Perfectamente, y mi compañero también, y damos a usted mil gracias por sus atenciones pasadas, presentes y futuras.
- Quiteria.* [*Aparte con D. Venancio.*] ¿Ves a lo que das lugar, dueño mío? Todos se burlan de ti.
- Venancio.* No tal, hermosa de mi vida. Ya ves con qué gracia se apresuran a vencerme en cortesanía. ¡Oh! pero de aquí a Guadalajara... ya veremos quién vence.
- Facundo.* Usted será sin duda el respetable papá de esa señorita...
- Venancio.* Perdone usted. No me toca nada. Yo no soy más que su humilde criado, que besa sus...
- Rosita.* Este caballero es mi esposo.
- Facundo.* ¡Ah!... Muy señor mío.
- Luis.* Ustedes irán a Alcalá...
- César.* Con harto sentimiento de que se hayan acabado tan pronto las vacaciones.
- Luis.* Quisiera pedir a ustedes un favor.
- Lucas.* Mándenlos usted con franqueza.
- Luis.* Oigan ustedes aparte, con permiso de esas señoras.
- [*Habla aparte con los estudiantes.*]
- Administ.* [*A la puerta del foro.*] Muchacho, di al mayoral que vaya enganando.
- Facundo.* ¡Bravo!
- Quiteria.* ¿Has traído la antihistérica?
- Lupercia.* Sí, señora; conmigo la llevo.
- Facundo.* ¿Tío ha dicho usted? ¡Guerra en él! Un tío es el que me hace a mí estudiar.
- Quiteria.* Harto será que con el traqueteo del carruaje...

- Esteban.* [A *Rosita* mientras *D. Venancio* habla con el administrador.] No hay cuidado. Si trata de incomodar a usted le daremos una cencerrada.
- Lucas.* Cuente usted conmigo. Soy enemigo declarado de los tutores. ¡Oh! ¡Si yo pudiera emanciparme también...!
- Luis.* Ya está aquí.

ESCENA XII.

ROSITA. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA. DON LUIS.
D. ESTEBAN. EL ADMINISTRADOR. DON VENANCIO.
D. FACUNDO. D. CÉSAR. D. LUCAS. D. JERÓNIMO.

- Jerónimo.* [Llega jadeando.] ¡Ah! Vengo a tiempo. ¡Loado sea Dios!
- Rosita.* [A *D. Luis* asiéndose de su brazo, y volviéndose de espaldas a *D. Jerónimo*.] ¡El tutor! ¡Llegó mi hora!
- Jerónimo.* Aquí estoy ya, señor Administrador.
- Adminis.* ¿Quién es usted?
- Jerónimo.* El que mandó tomar unos billetes hace poco...
- Adminis.* Ya; bien. ¿Y el otro?
- Jerónimo.* ¿Cómo y el otro? Yo soy uno solo.
- Esteban.* ¿Uno solo? Parece increíble; pero sin duda se apoya usted en sólidos fundamentos para asegurarlo.
- Venancio.* ¡Estupenda mole!
- César.* ¡Espantoso individuo!
- Facundo.* ¡Disparatado abdomen!
- Lucas.* ¡Hórrido pleonasma de carne!
- Lupercia.* ¡Escandalosa corpulencia!
- Quitieria.* ¡Ay! Dios le aleje de mi departamento. Toda la gón-dola es poca para él.
- Adminis.* [A *D. Esteban*.] He aquí un animal que no ha sido descrito por *Buffon*⁶.

6. **Buffon.** Se refiere al naturalista francés (1707-1788), autor de la obra *Historia natural*.

- Facundo.* ¿Cómo no se hunde el pavimento?... *Adspice convexo nutantem pondere mundum*⁷
- Jerónimo.* ¿Qué aspavientos son esos? ¿Nunca han visto ustedes carne? Ya le he dicho a usted, señor Administrador, que yo soy dos, pero soy uno. Esto parece una paradoja, pero ¿qué quiere usted! no todas las verdades tienen el privilegio de ser comprensibles. Me explicaré. Ya ve usted qué tomo soy yo.
- Adminis.* Algo más que razonable; ya lo veo.
- Jerónimo.* Pues en esta consideración y por ser muy amante de mi comodidad, he tomado dos billetes para mí.
- Adminis.* Sabia precaución, porque de otra manera ni yo podría dar a usted albergue, ni estos señores lo permitirían.
- Todos.* ¡No! ¡No!
- Jerónimo.* ¡Eh! no hay que alborotarse. ¿No he dicho ya que traigo dos billetes...?
- Adminis.* ¡Ah! Pues ahora que caigo... Haga usted cuenta que no trae ninguno.
- Jerónimo.* ¿Por qué razón?
- Adminis.* Porque el uno es de interior y el otro de rotonda.
- Jerónimo.* No puede ser. Yo mandé a mi criado que tomase dos asientos de interior.
- Adminis.* [A D. Luis en voz baja.] ¡Buena la ha hecho usted!
- Luis.* [Guardándose de que le vea D. Jerónimo.] ¡Es el tutor!
- Adminis.* ¡Ah!... [A D. Jerónimo.] Su criado de usted no pidió asientos determinados, y se le dieron los únicos que había vacantes.
- Jerónimo.* ¡Hombre! ¿Qué demonios está usted diciendo ahí? Y bien puede ser... Yo con la prisa y el afán y la..., no

7. Se trata del verso 48 de la Égloga IV, de Virgilio, que viene a significar: Contempla el firmamento balanceándose con el peso de su bóveda.

los he mirado todavía. Veamos. [*Saca y mira los billetes.*] Interior... Rotonda... ¡Es cierto! Ese torpe, ese gahnápiro de Tomás...

- Esteban.* ¡Donosa aventura!
Venancio. ¡Rara casualidad!
Lupercia. ¡Cosas del diablo!
Quiteria. Así nos veremos libres de él.
Adminis. No es mal chasco, ¡vive Dios!

[*Los tres estudiantes sueltan la carcajada y los demás interlocutores, excepto Don Jerónimo, hacen lo mismo.*]

- Jerónimo.* Señores míos, me parece a mí que no hay motivo para reírse tanto. Ya ven ustedes qué serio estoy yo. [*Al Administrador que está acabando de arreglar sus papeles.*] A ver... ¡Usted! A ver cómo se arregla esto.
- Adminis.* Difícil me parece.
- Jerónimo.* Déme usted dos asientos unidos en lugar de estos.
- Administ.* Para esta diligencia no puede ser, porque todos se han despachado. Para otra...
- Jerónimo.* ¿Qué otra ni qué rábano? Yo tengo precisión de salir hoy de Madrid. Vamos, me sentaré en el interior.
- Quiteria.* No en mis días.
- Lupercia.* De ningún modo.
- Venancio.* No lo permitiré. Primero me han de hacer tajadas.— Por lo demás, crea usted que mi mayor placer sería el poderle ser útil en algo, y que desde ahora puede reconocermé por su servidor y apasionado amigo...
- Jerónimo.* Si pudiera colocarme en la berlina...
- Esteban.* Imposible. La ocupo yo.
- Jerónimo.* ¡Cómo! ¿toda?
- Esteban.* No han de ser únicamente concienzudos los gordos: yo, aunque magro, gusto también de estar a mis anchas.
- Jerónimo.* Pero, hombre, ¡si le han de sobrar a usted las tres cuartas partes del asiento...!

- Esteban.* No lo crea usted.
Jerónimo. Si no es que quiera usted viajar tendido.
Esteban. Cabalmente.
Jerónimo. (Así viajan los atunes.)
Esteban. Yo soy muy aficionado al descanso.
Jerónimo. ¡Sea todo por Dios! Me embutiré en la rotonda.
César. ¡Abrenuncio!
Lucas. ¡Exi foras!
Facundo. ¡Vade retro!
Jerónimo. ¡Qué implacable caravana! Parece que se han conjurado todos contra mí.

[*Risa general.*]

¡Eh! basta de risa, que no tengo ninguna danza de monos en la cara, y soy yo mucho hombre para que nadie se ría de mí.

- Venancio.* Ahí está el *quid* de la dificultad. Si no fuera usted *mucho hombre* se acomodaría en uno de los dos asientos vacíos, y Cristo con todos.
Jerónimo. Pues, amigo mío, yo no me puedo mondar.
Adminis. Cuanto yo puedo hacer en favor de usted es devolverle su dinero; pero no su maleta, porque ya no hay tiempo para sacarla de donde está.
Jerónimo. Yo no he tomado dos billetes para que viaje mi maleta.
Esteban. Déjela usted, que quizá viajará con más aprovechamiento que muchos hombres.
Jerónimo. ¡Y más si me la roban en el camino! Pero, señores, tengan ustedes compasión de mí. Que se traslade uno del interior a la rotonda, o de la rotonda al interior: así quedan dos asientos unidos a mi disposición, y todo se arregla.
Venancio. Yo no desamparo a mi adorada mitad.
Quiteria. Yo no me separo de mi marido y conjunta persona.

- Jerónimo.* Bien. No se turbe por mi causa la ventura de tan compacto matrimonio. Yo no trato de divorciar a ustedes. Pero esta otra señora...
- Lupercia.* ¿Quién? ¡Yo! ¡Interpolarme a mí con tres estudiantes! ¡a mí, que soy del estado honesto! ¡a mí!...
- Jerónimo.* No creo yo que el pudor de usted corra tanto peligro...
- Lupercia.* ¡Ay ama mía! Las carnes me tiemblan. No permita usted...
- Esteban.* ¡Gazmoña! ¿Qué más quisiera ella...?)
- Jerónimo.* Bien. Estos caballeros estudiantes tendrán la bondad...
- César.* Perdone usted, hermano.
- Lucas.* Dios le ampare a usted.
- Facundo.* No ha lugar.
- Jerónimo.* ¿Conque no hacemos nada?
- Venancio y su familia.* Nada.
- Los estudiantes.* Nada.
- Administ.* [A un mozo desde la puerta.] Muchacho, entrega esta hoja al mayoral.
- Jerónimo.* [Dando la vuelta.] Usted, señorita, cuya cara no he visto todavía... ¡Cielos! ¡Mi pupila!
- Venancio y su familia.* ¡Su pupila!
- Jerónimo.* ¿Qué haces aquí, picarona?
- Luis.* Nada de insultos, señor don Jerónimo.
- Jerónimo.* ¿Qué veo! ¡Usted también!
- Luis.* Servidor de usted.
- Jerónimo.* ¡Justicia! ¡cárcel! ¡destierro! ¡patíbulo! ¡excomunió!
- Adminis.* ¡Silencio! ¡Aquí no se grita!
- Esteban.* ¡Calle el avestruz!
- Facundo.* ¡Afuera el loco!
- César y Lucas.* ¡Afuera!
- Jerónimo.* [Gritando.] ¡Eh! a mí no se me aturde con asonadas. ¡La guardia! ¿No hay quien prenda a un corruptor, a

un engañador, a un raptor, aun traidor, a un seductor...

Luis. [*Gritando también.*] No soy nada de eso, y soy más que todo eso. Soy su marido.

Jerónimo. ¿Su marido? ¡Oh! ¡oh!... ¿Y tú no le desmientes, desdichada?

Rosita. No, señor. Me he casado.

Jerónimo. ¿Te has casado? ¡Ah!... ¡Se han casado!

[*Risa general.*]

Pues ¡qué! no estabas en casa de mi hermana Casimira? ¿Cómo has burlado su vigilancia? ¿Cómo...?

Rosita. Lo sabe todo. Ha sido mi madrina.

Jerónimo. ¡Horrendo patricidio!— No importa. Usted y yo nos veremos las caras, seor libertino, seor...

Luis. Poco a poco. A mí no me hable usted gordo.

Jerónimo. Yo no puedo hablar flaco; ¿está usted? Tomaré mis providencias; acudiré a los tribunales...

Luis. ¡Bobería!

Jerónimo. ¿Bobería? Soy tío, soy tutor. Serán ustedes detenidos, secuestrados. Ella irá a San Nicolás, y usted al Saladero^(*).

Esteban. Hombre, quien debía ir al Saladero es usted.

Jerónimo. ¡Socorro!

ESCENA XIII.

ROSITA. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA. DON LUIS. D. ESTEBAN.
EL ADMINISTRADOR. DON VENANCIO. D. FACUNDO.
D. CÉSAR. D. LUCAS. D. JERÓNIMO. D. ALBERTO.

Jerónimo. ¡Ah, señor don Alberto! El cielo me le envía a usted.

(*) La que hoy se llama en Madrid *Cárcel de la Villa* ocupa el edificio en que antes se salaba el ganado de cerda.

- Alberto.* Pues ¿qué sucede?
- Jerónimo.* Mil infortunios, mil infamias. Allí la maleta; yo en Madrid; dos billetes, y ninguno; estoy en berlina hace un cuarto de hora, y no hay berlina para mí; falto en el interior, sobro en la rotonda, y por último... ¡se han casado!
- Alberto.* Explíquese usted. ¿Quién diablos ha de entender esa algarabía?
- Jerónimo.* [Mostrando a Rosita y a D. Luis.] Mire usted, mire usted, y cáigase muerto.
- Alberto.* No; eso de caerme muerto... ¡Ah! Bien. Habrá sabido Rosita que se marcha usted; vendrá a despedirse...
- Jerónimo.* No, señor, no, señor, Aquel es su marido. ¡Se han casado!
- Alberto.* ¿De veras? Estoy absorto.
- Jerónimo.* Algo más que absorto. Esta usted enfurecido, escandalizado, rabioso...
- Alberto.* Yo le diré a usted. Yo...
- Jerónimo.* No perdamos tiempo. Acuda usted al repeso⁸, a la policía, al principal, al resguardo, a la junta de sanidad... Alegue usted sus derechos y los míos. Se anulará ese consorcio clandestino.
- [*Rechifla de los estudiantes y de D. Esteban.*]
- Alberto.* ¿Cuándo se ha casado usted, señorita?
- Rosita.* Anoche.
- Alberto.* (¡Zape!) [Mirando el reloj] Ya es tarde y tengo mucho que hacer. Sea en hora buena, y abur.
- Jerónimo.* Pero, hombre...
- Alberto.* Yo no gusto de pleitos, y mucho menos siendo de esa clase. Tome usted esta carta que le remiten de

8. **Repeso.** Puede referirse al encargado de repesar, por referencia cómica al peso del protagonista.

Alcalá con un propio. A esto venía. Páselo usted bien, y déjese de ruidos. A lo hecho, pecho.

Jerónimo. ¡Oiga usted...!

Alberto. No tengo nada que oír. Pues ¡qué! ¿se anula así como quiera...? ¡Cáscaras! A la orden de ustedes.

Venancio. [*Siguiéndole hasta la puerta.*] Beso a usted la mano, caballero. Soy mucho de usted. Para servir a usted...

ESCENA XIV.

ROSITA. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA. DON LUIS.
D. ESTEBAN. EL ADMINISTRADOR. DON VENANCIO.
D. FACUNDO. D. CÉSAR. D. LUCAS. D. JERÓNIMO.

Luis. Es hombre prudente mi rival.

Rosita. Ahora veo que cuando me decía amores hablaba por boca de ganso.

Jerónimo. Estoy petrificado. ¿Qué dirán en esta carta? Veamos.
[*La abre y la lee para sí.*]

Adminis. Ea, señoras mías, caballeros, vayan ustees ocupando sus respectivos asientos. Las once van a dar.

César. [*Subiendo al carruaje.— Sus compañeros hacen lo mismo.*] Vamos allá, camaradas.

Facundo. ¡La rotonda es el departamento de las ciencias! *Ob tēmpora! job mores!*

Lucas. ¡Paso a tres bachilleres! ¡Huid, profanos!

Facundo. ¡Paso a las tres facultades!

Venancio. Las mías son escasas, pero cuente usted con la...

Quiteria. Dame la mano, dulce bien, y no seas descortés conmigo por ser atento con los demás.

Venancio. Dices bien, ojos míos. ¡Arriba! Ahora a ti, mi buena Lupercia.

Lupercia. Dios se lo pague a usted.

Luis. [*Ayudándole a subir.*] Vamos, Rosita.

Rosita. ¡Ahora va a ser ella!

- Jerónimo.* ¡Cielos! ¿Qué acabo de leer! Soy perdido si hoy no salgo de Madrid. [*Viendo ocupada la diligencia excepto la berlina.*] ¿Qué es esto? ¿Ya se van ustedes empaquetando? ¿Y yo?
- Adminis.* No hay posada. Monte usted, don Esteban.
- Esteban.* [*Tomando posesión de la berlina.*] No hay mus. Así se castiga a un tutor inicuo y avariento.
- Unos.* ¡Largo!
- Otros.* ¡Fuera!
- Venancio.* ¿Manda usted alguna cosa para Jadraque? Sabe usted que me tiene a su disposición y que deseo...
- Jerónimo.* ¡Malos lobos le coman a usted! Si tanto desea servirme, hágame usted un ladito...
- Todos.* [*Con algazara.*] ¡Nada! ¡nada! ¡fuera!
- Jerónimo.* ¡Por Dios, señores! Yo me compendiaré; yo me acurrucaré.
- Esteban.* ¡Lejos, lejos de nosotros tan nefanda grupa!
- Rosita.* ¿Sabes que me da lástima...?
- Luis.* No la merece. ¿La tuvo él de ti?
- Jerónimo.* Señor Administrador, por el emperador Gordiano, por don Bermundo el Gotoso, y por don Sancho el Craso, duélase usted de mí. Este viaje me interesa, me urge más de lo que usted piensa. Mire usted que en esta carta me dicen que está peligrosamente enfermo un primo mío millonario; mire usted que no ha testado todavía, y que tiene otros cuatro primos a la cabecera. No soy desagradecido. Luego que recoja la herencia le prometo a usted...
- Adminis.* Yo no me dejo sobornar.
- Jerónimo.* Pues bien, sin sobornos.—Acomódeme usted... aunque sea en el pescante.
- Adminis.* Imposible. Lo ocupan el mayoral y dos mozos de la casa.
- Jerónimo.* ¡Ay, Virgen de la O! Y las once están al caer!

- Adminis.* Y al sonar la última campanada ya irá la góndola echando demonios.
- Facundo.* No le queda a usted más que un arbitrio si quiere hospedarse en ella.
- Jerónimo.* ¿Cuál? Dígamelo usted. Ilumíneme usted...
- Facundo.* Dejarse partir por medio.
- Jerónimo.* ¡Antropófago!
- Venancio.* Conque hasta más ver. Páselo usted bien. Manténgase usted tan gordo...
- Jerónimo.* ¡Asesino! ¿Para verme en estas angustias? Quisiera ser una momia de Alepo.
- Rosita.* ¡Ah! ya le hemos mortificado bastante. Señor tío, aunque el abuso criminal que ha hecho usted para conmigo de sus derechos de tutor no le hacen digno de consideración alguna por mi parte; aunque, no contento con las crueles privaciones que me ha hecho usted sufrir, quería esclavizarme, venderme vilmente al sórdido interés; yo soy generosa, y en el día de mi mayor felicidad no quiero ver a nadie..., ni aun a usted, afligido y desesperado. El señor don Esteban le permitirá a usted sentarse en la berlina.
- Esteban.* Señorita...
- Rosita.* No es a él a quien hace usted ese obsequio, sino a mí.
- Esteban.* De ese modo no replico.

[*Empiezan a dar las once.*]

- Jerónimo.* Allá voy...
- Rosita.* ¡Alto ahí! antes se ha de sujetar usted a una condición.
- Jerónimo.* ¿Cuál?
- Rosita.* Bendiga usted primero mi matrimonio.
- Jerónimo.* ¡Eso no! Mi rencor será eterno. Primero me...
- Todos.* ¡Las once!
- Jerónimo.* ¡Las once! ¡Ah! sí; yo te ben... ..

Una voz. [Dentro.] ¡Zagala! ¡Valerosa!

[Risotadas de los viajeros y desaparece la góndola.]

Jerónimo. ¡Para! ¡Malditos!...¡Para! ¡Sí! A otra puerta. ¿Quién alcanza a ese excomulgado faetón?

Adminis. ¡Corra usted!

Jerónimo. ¿Qué he de correr? A los diez pasos no tendría ya bofes en el cuerpo. ¡Voto a briós!... ¡Y mi primo!... el testamento;... los albaceas... ¡Misericordia!

Ya me pueden enterrar.

Adminis. ¿Se aflige usted? No me espanto, porque hombre que pesa tanto ¿no ha de morir de pesar?

Jerónimo. No, que aún puedo soportar la ojeriza de mi signo y de mi panzón indigno la insolente contumancia... si no he perdido la gracia de este auditorio benigno.

